

VII Certamen de Cuentos y Relatos Breves Junto al Fogaril. 2014 – 2º Premio.

Autor: María Lourdes Aso Torralba

LLAMADA EN ESPERA

GENTAMICINA

Si tuviera que sintetizar en una o dos líneas de periódico todo lo sucedido, no sabría a qué conceder prioridad y qué ha sido más trascendente en mi vida durante las últimas semanas; si el viaje a París, cubrir como corresponsal las noticias del extranjero, la influencia de Marie Curie o Adolfo, ese hombre que parecía cuajar mi vida de alfileres, como si practicara un budú extraño que lograba paralizarme por completo.

Adolfo parecía hombre sensato cuándo lo conocí. Si me enamoré sin reservas fue porque para él su trabajo era su vida y estableció una especie de pacto relativo a nuestras respectivas carreras, por encima de una vida de pareja convencional, anclada en las costumbres rutinarias y avalada por unos votos ante un altar. Él era hombre de medicina y fichó por médicos sin fronteras sabiendo que no tendría el culo quieto en ningún sitio, al menos durante los próximos diez años o hasta que su cuerpo empezara a pasarle factura por las incomodidades de una choza en plena selva, sin agua demasiado decente para sus intestinos y, una comida nada equilibrada en comparación a lo que había tomado siempre.

Mientras él se calzaba su chaleco naranja fosforito y metía en la maleta cuatro prendas justas y mucho alcohol con el que sobornar a los guardias en las fronteras; yo hacía otro tanto para viajar a París, al Congreso Internacional de Periodismo. Mi ansia de libertad era demasiado evidente y, aunque ya había cumplido una edad en la que debería estar asentando la cabeza, todavía me corría sangre aventurera por las venas, tan deprisa, que habría volado antes que el mismísimo avión. A mi madre le preocupaba la desorganización de mi vida pero empezaba a acostumbrarse a que mis amigas me invitaran a sus bodas mientras yo me escaqueaba de la mía, diciendo que con Adolfo todo iba bien, que nos queríamos y ya habría tiempo para pensar en más.

Me había ganado la fama de excéntrica y mientras los ponentes hablaban de las auditorias éticas y normas internas que otorgan fiabilidad a las noticias, de la honestidad y la tolerancia con la que se afronta un escrito, mi mente andaba por otros derroteros. Le estaba dando vueltas a la propuesta que me había hecho el jefe justo antes de partir, una oferta como corresponsal en el

extranjero con el doble de sueldo, el triple de riesgo y el cuádruple de soledad. Era lo suficientemente atractiva como para permitirme el capricho de adquirir una cámara fotográfica con la que captar esas instantáneas únicas. Agradecí que el ponente se apresurara al final sin saber si era porque el horario francés con cenas a las siete pensaba cerrar sus puertas o porque había visto abundantes bostezos por la sala y temía que se empezaran a escuchar los ronquidos. Nos instaron a ser puntuales por la mañana, como si allí también hubiera quedado el influjo del rigor alemán. Agradecí que todavía quedaran horas de luz, la cálida caricia del sol sobre mis brazos desnudos y la prudencia de haberme calzado con un zapato cómodo para caminar deprisa. Abrí el plano adquirido en la recepción del hotel, en el que ya tenía subrayado el trayecto hasta la intersección de las avenidas Georges Lafenestre y Marc Sanghier, lugar dónde me habían asegurado se ubicaba el mercado de las pulgas. Entre las antiguallas estaba segura de poder encontrar una cámara que se ajustara a mis pretensiones tanto por su utilidad como para el modesto alcance de mi bolsillo. Paseé con prisa por delante de los puestos de telas, discos y mobiliario en un caos imposible de descifrar.

-«Excusez-moi, monsieur, pourriez-vous me dire où ils vendent des caméras ?

-Trois allées vers la droite, mademoiselle. Demandez Pierre Renoir, est légitime homme.

-Vous avez été très gentil. Merci beaucoup. »

Pierre era hombre singular. Llevaba una barba de chivo, la cabeza rapada como si en sus ratos libres practicara la meditación sufí y vestía una especie de túnica con brillantes y colores vivos. Sin embargo, cuándo le dije que buscaba una cámara que aguantara golpes, con un objetivo razonable a media distancia, a ser posible en blanco y negro, con la nitidez justa y precio no de coleccionista profesional sino de clienta desesperada, se mostró atento, y no tuve ninguna duda de que no era un estafador con cara de osito bonachón. Durante un buen rato estuvo hablándome de las virtudes y defectos de media docena de cámaras que acababa de disponer en fila para terminar recomendándome un Nikon que había empeñado su dueño hacía unas semanas. Según Pierre era una ganga ; según mi bolsillo no llegaba al atraco pero se acercaba mucho. Sin embargo, cerré el trato con un apretón de manos y un « Été enchantée de l'avoir connu. Qu'il a un bon jour. »

Todavía me quedó algo de tiempo para pasear por el resto del mercado y encapricharme de una biografía de Marie Curie que podía servirme como cualquier otro libro para practicar mi francés escrito. Aquella mujer había nacido en 1867 y había llegado tan lejos que me intrigaba investigar sobre si en su vida habían surgido contratiempos propios de esa época y cómo había logrado solventarlos con tanto éxito.

Al salir tomé un taxi hasta Saint-Germain y me permití el lujo de tomar asiento en la terraza del café Floré imaginando a los intelectuales del siglo XIX emitiendo conferencias sobre *le Liberté, égalité, fraternité*, lema oficial de la República francesa. París tenía la virtud de enamorarte para siempre y tuve la seguridad de que no tardaría en regresar atraída por ese encanto que flotaba en el

aire. Imaginé cuantos cambios habría sufrido el Boulevard, qué habría sido de la tienda de relojes regentada por judíos o de la herboristería con especias traídas de oriente, el taller de adornos de cristal o la botica que se heredaba de generación en generación. Si las paredes hablaran, estuve segura de que serían capaces de revelar secretos demasiado trascendentales y que la virtud del silencio les proporcionaba un aura de misterio capaz de captar mi atención durante varios minutos seguidos. Estaba extasiada, como en otro mundo, cavilando las ambigüedades de aquellas gentes, sus dudas muy similares a las que me asaltaban a mí por dentro. Una voz gruesa, por encima del bullicio, acompañada de aspavientos con las manos, como si trataran de valorar mi grado de conciencia y la firme determinación de interrumpir mi rato de relax, ocupó los siguientes instantes mi atención. Por un instante pensé que estaba ante un oportunista con ganas de conversación fácil, una especie de chiflado aceptado ya en el barrio con la normalidad propia de la rutina. Levanté los ojos con la esperanza de que destilaran la suficiente molestia como para que abandonara su propósito y, sin embargo, me encontré con unos ojos verdes profundos y una sonrisa diáfana que anuló por completo mis resistencias.

-La vi en el Congreso. ¿Ha venido sola? –preguntó tomando asiento, sin preguntar siquiera si se lo permitía.

-Así es –respondí sin entrar en detalles.

-Román Aguirre, catalán, corresponsal de guerra y según quienes dicen conocerme: loco e insensato como el que más. Debería cuidarse de mí, señorita, ¿O tal vez señora?

-Estíbaliz Gros.

Le tendí la mano por pura cortesía nada más. Sin embargo, quería que se quedara, que me hablara de cómo era ese mundo del periodismo con el alma en vilo, el riesgo en cada foto y la sensación de estar violando las leyes internas al emitir imágenes que los dirigentes preferían que desconociera el mundo.

Román resultó ser una compañía agradable y tan charlatán que a los cinco minutos ya había confesado que los Congresos eran todos igual de aburridos, que jamás aprendía nada interesante y que lo único que le interesaba de ellos era añadir una línea más en su currículum. No pude por menos que reírme.

-Pero si no hubiera venido, no la habría conocido a usted y eso si que habría sido imperdonable –sonrió con picardía.

-Bueno, yo no soy un contacto influyente, se lo aseguro.

-No sea modesta, señorita, que aquí las noticias vuelan. No se olvide que vivimos de ellas y me han dicho que le ofrecen en Madrid un puesto de corresponsal, así que a lo mejor coincidimos por medio mundo. Mejor que nos llevemos bien ¿No le parece?

Mi rostro mudó a un blanco envenenado. ¿Cómo era posible que ese hombre supiera la oferta que me habían hecho? Además, todavía no había dado una respuesta y ni siquiera sabía qué iba a decir. Román se apartó el pelo hacia un lado con la mano antes de echarse a reír estrepitosamente.

-¿No me diga que le ruboriza verse pillada en un renuncio? Bueno, disculpe, no quería ofenderla. En todo caso ayudarla, pues la decisión no es fácil. Ya le he dicho que yo estoy un poco loco, pues de otra forma nadie entiende que me juegue la vida entre las balas, respire pólvora y me rodeé de derrumbe.

Román me habló sin pudor, con la verdad desnuda de lo que me esperaba si decidía aceptar el puesto. Primero me harían pasar pruebas destinadas a quitarme las ganas de ir a cubrir la guerra. Me obligarían a ver imágenes de gente decapitada, con las vísceras esparcidas al explotar una bomba, cuerpos con ampollas tras sufrir el ataque de la viruela, cuerpos quemados con pieles negras, miembros amputados tras pisar una mina personal y rostros encendidos de odio contorsionándose en el aire segundos antes de encharcar el suelo de sangre. Respecto a las pruebas físicas, podían hacerme dormir a 18 grados bajo cero o a cincuenta sobre cero, situaciones absurdas encaminadas a minar mi moral y determinación antes de que me atreviera a sacar a la luz los dramas personales de gente que se había visto atrapada en un conflicto sin sentido.

Escuchándole relatar lo que supuse eran sus propias vivencias, me di cuenta de que escondía gran parte de sufrimiento personal, que se debatía en un conflicto interno entre lo que creía que estaba bien y lo que sucedía impunemente ante sus ojos. El brillo de melancolía era muy similar al que traía Adolfo en sus breves estancias de descanso, cuajado de dolor o incluso de culpa por no haber podido hacer más. No me había dado cuenta de que eran esas heridas las que nos estaban distanciando de ese enamoramiento inicial y, que a pesar de esa libertad mutua, Adolfo regresaba no con ganas de recomponer los añicos de su vida sino con el deseo de volver a marcharse cuanto antes.

-Es difícil que un testimonio llegue al alma porque aunque somos periodistas, no siempre elegimos las palabras exactas, ni ordenamos los hechos de la forma adecuada como para que impacten al oyente de la misma manera que al espectador de la primera fila. No sé si me explico, que hay que vivirlo en las propias carnes para poder entender de qué hablamos. Se lo cuento a usted, señorita, porque debe saberlo, pero créame si le digo que nunca antes había hablado de esto con nadie. Ninguno lo hacemos. Al menos no tan a pecho descubierto y desnuda el alma.

Dejó dinero sobre la mesa, recogió su chaqueta y me dejó sumida en una profunda reflexión.

Caminé despacio hasta el hotel, con el deseo de escribirle un mensaje a Adolfo, de preguntarle qué opinaba él de la oferta o incluso con la esperanza de encontrarme unas líneas suyas, diciendo que me echaba de menos aunque fuera una mentira piadosa con la que parchear mi

descorchado corazón. Más tarde ni siquiera abrí el ordenador. Mis ojos tropezaron con el libro de Marie Curie y estuve gran parte de la noche empapándome de su vida, como si a través de esas páginas estuviera predestinado mi destino.

Durante la jornada de clausura busqué a Román sin éxito alguno. Quería despedirme y agradecerle sinceramente la velada. Cuándo me atreví a preguntar a un colega por él, abrió los ojos como platos para decirme muy irritado que qué especie de broma era esa, si no sabía que Román había muerto en Irán hacía más de cinco años. Me quedé sin habla en la mitad del pasillo, con las lágrimas inundando mis ojos y la extraña sensación de que mi estabilidad emocional estaba al borde de un abismo.

Regresé al hotel desorientada, como si hubiera sufrido un accidente.

-Êtes-vous bien, mademoiselle? Il semble avoir vu un fantôme. Besoin de quelque chose?

-Le mot de passe pour connecter l'ordinateur –supliqué apenas en un murmullo.

Escribí a toda prisa « Román Aguirre » en el buscador y, efectivamente encontré la crónica de su desenlace. Debí perder el conocimiento pues desperté en una habitación de hospital, rodeada de batas verdes y con una colección de tubos conectados a mi cuerpo.

-Doit reposer. Ça a été le pire. Voulez-vous informé quelqu'un?

-Non, merci –dije esperando no empeorar las cosas.

Mi vuelo estaba cerrado para el fin de semana y esperaba poder subirme a él y dejar atrás ese París que tan pronto te enamora como te hace perder el sentido.

Los sedantes me sumergieron en un sueño profundo y reparador que duró más de cuarenta y ocho horas. Al despertar aseguré que me encontraba perfectamente y logré convencer a los doctores de que mi vida ya no corría ningún peligro y que todo había sido producto del estrés acumulado en las sesiones del Congreso, nada más. Intenté apartar de mi cerebro las imágenes de Román, encerrando los recuerdos en el último cajón del último recoveco hábil, como si así pudiera convencerme de que nunca había ocurrido de verdad.

Regresé a Madrid en un vuelo nocturno y aproveché el rato para intentar que mi mente más acomtumbrada a las letras comprendiera las fórmulas de la física y los experimentos de Marie que le habían llevado a descubrir el polonio y trabajar en la radiactividad. Me aterrorizaba abrir la puerta del apartamento y sentir la soledad de sus paredes golpearme con todas sus fuerzas antes de deshacer la maletas, así que fui directa a la Redacción en busca de algo de compañía. Hablar me haría bien.

Carmina lo intuyó nada más verme. Sacó un par de café palmeros de la máquina, aparcó mis cosas en el cuarto de la limpieza y me arrastró hasta la azotea para que nadie nos interrumpiera con sus saludos. Quería saberlo todo, como era habitual en ella. Le hablé de París, de las compras en el mercado de las pulgas, de Román y de mi paso por el hospital después del susto. Me dijo que

recordaba la noticia de la muerte del reportero y me preguntó como mero formalismo si estaba segura de que había hablado con él. Cosas más raras se habían visto. Que me creyera pareció recolocar las neuronas en mi sitio antes de atacar el tema fundamental de nuestra conversación, mi decisión sobre el nuevo cargo. Carmina me dijo que había oído algo sobre el aniversario de Chernobyl y que tal vez debería empezar por algo sencillo, si se le podía llamar así al reencuentro con una ciudad fantasma. Nos reímos para quitarle hierro al asunto.

-Lo mío son los fantasmas, ya sabes. Lo haré bien –dije sin saber aún lo que me esperaba.

-Si los fantasmas están tan buenos como Román, ¿no me digas que no tienes suerte de poderlos tener solo para tí ?

El jefe me esperaba tras una mesa ovalada de color negro, sentado en un butacón que lo hacía diminuto y con las gafas apoyadas sobre el puente de la nariz, leyendo por encima de ellas el fax que acababa de recibir. Esperé paciente, sin interrumpir su tarea hasta que volviera a reparar en mi presencia dentro del despacho.

-¿Todavía está aquí ? –preguntó de pronto.

-Me había llamado usted, ¿lo recuerda ?

Sus lapsus de memoria eran cada vez más frecuentes, tanto que ya no pasaban desapercibidos para nadie. Intuíamos el principio de un Alzheimer precoz, ese que asalta a edades tempranas con origen desconocido y, nos compadecíamos en silencio de que una mente tan brillante como la del jefe se estuviera desintegrando por esa terrible enfermedad. No lo había confesado todavía públicamente y aparecía cada mañana impecable en su puesto de trabajo, como el eterno luchador que se escondía debajo de la chaqueta.

-Si, sí, claro que lo recuerdo. Viene usted de París y está a punto de decirme si acepta la oferta que le hice. ¿Qué le parece un reportaje sobre el accidente de la central nuclear de, de, de Chernobyl (tartamudeó hasta dar con el nombre) para empezar ? A la vuelta hablaremos de nuevo. Mi secretaria le proporcionará los billetes, direcciones de contacto y solucionará todas las dudas que se le ocurran. Mucha suerte.

Dijo esto último con un deje en la voz que ponía los pelos de punta, como si fuera él mismo quién estuviera en peligro ; aunque ciertamente, a mí no se me ocurrió definición más exacta para explicar su enfermedad. Me imaginé por un instante en su pellejo y estuve segura que fuera cual fuese mi misión, iba a producirme mucho menos miedo que el pronóstico de futuro que él tenía, cuajado de lagunas, olvidos y anulación completa del gran hombre que era.

-Le has dicho que sí. Se te ve en la cara. –era Carmina que me esperaba afuera, hablando con la secretaria del corte de pelo que se iba a llevar en el otoño y de la vuelta de los pantalones estrechos de cuadros que habían sido el último grito allá por los años sesenta.

Asentí no muy segura todavía de si era eso lo que debía hacer.

-Hija, míralo por el lado bueno. A lo mejor haces escala en algún sitio y puedes coincidir con Adolfo. ¿Cuánto hace que no os veis ?

Escuchar el nombre de Adolfo terminó por hundirme. No sabía si decir que tanta libertad no nos llevaba a ninguna parte, que él estaba dando vueltas por el mundo mientras a mí las paredes del apartamento parecían estar a punto de asflijarme por constricción. Sin embargo, si yo hacía otro tanto, tal vez entendiera sus motivos o tal vez fuera yo la que también cambiara de alguna manera hasta confluír en alguna intersección ; algo similar a lo que había sentido con Román y que por lo visto me faltaba por aprender.

-A mí me parece que hace un siglo que no viene, aunque claro, la última vez estuvo solo un par de días y todavía no se lo he perdonado.

-Pues díselo y no te lo guardes para tí. Y sino, mándalo a paseo, pero vive.

-Hicimos un pacto. No puedo obligarlo a volver. Entonces sería él quien me lo reprochase continuamente.

-Lo que necesitas es actividad. Verás como ese viaje a Ucrania te hace ver las cosas de otra manera.

La secretaria del jefe no parecía tan optimista. Me dijo que viajaba como turista y que conseguir un permiso para entrar en la zona prohibida de exclusión no era tarea fácil ni siquiera para una firma tan importante como el periódico. Me explicó las cosas fundamentales. El gobierno obtenía divisas con estos permisos no exentos de riesgo si no se cumplía a rajatabla la normativa. Mi trabajo consistía en recabar información fidedigna para un artículo que hablara de los efectos devastadores de la radiación. La primera toma de contacto era el museo de Chernobyl donde hay múltiples recuerdos del accidente, desde fotografías de los trabajadores que perecieron bajo los efectos de la radiación en el reactor, hasta retratos de población civil, trajes usados por los operarios y cuadros como homenaje a las víctimas. Debía llevar pantalones largos, no comer, no beber, no tocar ningún objeto, no apoyar la cámara sobre el suelo ni sobre ninguna otra superficie. Al otro lado de la hipotética frontera donde la radiactividad es elevada, los árboles son abundantes y frondosos, no hay tráfico y el silencio asusta porque uno toma conciencia de estar paseando por una ciudad fantasma, aunque la naturaleza haya seguido su curso. Me advierte que tenga cuidado pues si la cámara se contamina no podré recuperarla.

A mí me ha inquietado saber algo de ese grupo de unos doscientos aldeanos que decidieron regresar a sus casas, pues al ser muy ancianos no tenían adónde ir. Me han dicho que viven cerca de la carretera principal, que antiguamente cazaban y pescaban y ahora reciben una pequeña ayuda del gobierno, les suministran gas y electricidad gratis y les asisten sanitariamente si lo necesitan. Así que me subí al avión decidida a que esa gente me contase algo más, pues para mí el periodismo no

es la noticia en sí, sino las tragedias personales de la gente que se vio atrapada en medio de ese sin sentido.

Mi guía se llamaba Volodymyr y pareció entender mis motivos cuando le conté que no me interesaba visitar la fábrica en sí, que le agradecería mucho que tradujera las conversaciones de esa gente que había regresado a sus hogares a pesar del riesgo para sus vidas. Asintió porque le enseñé un fajo de billetes si cumplía bien con su cometido.

Llegamos a una zona de casas bajas, con la pintura descuidada, los tejados remendados con maderas de distintos colores, las ventanas cerradas y tuve la sensación de estar caminando por un cementerio. El silencio era tan aplastante que asustaba el crujir del suelo bajo nuestras botas. Volodymyr llamó a una puerta cualquiera. Desde detrás de los cristales observaron nuestra llegada y reconocieron a uno de los suyos. Apenas entornaron la puerta y nos empujaron adentro para volver a cerrar deprisa. Nos cubrieron con una túnica hasta los pies y nos prohibieron sentarnos para que no contamináramos los sillones. Le dije a Volodymyr que preguntara como era un día cualquiera en ese lugar. Intercambiaron más frases de las necesarias, supuse que para explicar que venía de España, que soy periodista y que me interesaba saber por qué continuaban allí. Volodymyr traducía despacio. Mientras lo hacía, a mí me daba tiempo de observar la vestimenta de los ancianos, con los pañuelos de colores sobre la cabeza, el delantal grueso encima de las faldas, los calcetines de lana bajo las botas de goma. No podía tomar notas escritas y tampoco me costó memorizar lo que esas gentes contaban. Respiran aire apenas unos minutos, con el medidor Geiser en las manos, asegurándose después de pasárselo mutuamente por la ropa para ver si se ha contaminado. Decían que se lo dio el gobierno. Extienden la mano para señalar la tierra sin cultivar. Decían que a veces plantaban cebollas y sembraban patatas que luego no comían por miedo a envenenarse, que la caza también tenía altos niveles radiactivos, que los hijos venían de visita cada vez menos. Decían que todo estaba muerto y aunque la vegetación invadía los caminos, era mejor no rozarla siquiera con la piel descubierta porque absorbía mucha radiación. Quise saber si gozaban de salud y enseñaron unos dientes picados por las caries y quién sabe si también se les rompían por vivir allí. Prefieren no saber cuanta vida les queda, me permitieron disparar varias fotografías con mi Nikon comprada en el mercado de las pulgas de París antes de despedirnos, sin apretones de manos, ni roces, ni abrazos. Dejamos en el suelo la túnica que cubriría a la siguiente visita si se atrevía a visitarlos y marchamos envueltos en el mismo silencio que habíamos llegado.

Una vez fuera de la zona de exclusión, abrimos las ventanillas para respirar aire que imaginé todavía envenenado. Ya en el hotel me pasé mucho rato bajo la ducha, aplicando jabón una y otra vez. Hice un fajo con la ropa y la metí en un cubo de basura. Me pregunté si habría tenido suerte de que la radiación no se hubiera cebado con mi médula, con mis glándulas tiroideas o con cualquier otro órgano susceptible de contaminar.

Pensé en Adolfo. Seguro que él se ha enfrentado a casos clínicos de malformaciones, degeneraciones medulares, enfermedades incurables durante su trabajo en la frontera con Rusia. De repente me di cuenta de que no sabía nada de su vida, de que las pocas horas anuales que pasábamos juntos era un perfecto desconocido, de que me gustaría implicarme más en su trabajo aunque solo fuera para entenderlo un poco mejor.

Me rondó por la cabeza los efectos secundarios de las radiaciones sobre el organismo humano y caí en la cuenta de que la propia Marie Curie falleció por una aplasia medular como consecuencia de los experimentos realizados sin las debidas protecciones. ¿Y si en mis pechos se había alterado alguna célula ? Desde siempre me habían horrorizado las revisiones anuales para las mamografías y, de repente, a miles de kilómetros de distancia de Madrid, sentí una verdadera necesidad de que alguien me explorara y me asegurara que todo iba bien, que no iba a perder una parte tan importante de mi anatomía.

Disponía de bastante tiempo libre y no me resultaba nada atractivo aventurarme al aire libre. Para adelantar faena pensé que no me vendría mal pasar parte de la jornada enfrascada en el trabajo. Había traído los bártulos de revelado así que bajé las persianas, coloqué el cartel de « no molestar » en la puerta, encendí la lámpara roja y distribuí los líquidos sobre las cubetas. Saqué los negativos y los sumergí unos minutos hasta que estuvieron listos para tender durante el secado antes de desentrañar su contenido. Supuse que el jefe no querría esperar para lanzar el artículo en el que ha puesto esperanzas. Su filosofía de ventas estaba por encima de la exclusiva o la noticia de última hora. Quería centrarse en aspectos que parecían archivados por haberse agotado la información, pero que volver a retomarlos al cabo de un tiempo disparaba la curiosidad de los lectores y querían saber más. Eran esos artículos « gancho » que resultaban tan burbujeantes como el descorchar una botella de champán. Al primer sorbo dejaba buen sabor de boca y al último querían más.

Cuando empezaron a dibujarse las formas, el color me abandonó por completo. Mi Nikon había captado la imagen como de fantasmas flotando a unos palmos del suelo, una especie de nebulosa blanca que podría definir como efecto de la radiación pero que después de lo sucedido con Román, me pareció una especie de aviso premonitorio. Sólo tenían buena calidad media docena de fotografías que me parecieron poco convincentes para acompañar el artículo así que decidí hacer trampa y limpiar la imagen con el ordenador. Después pasé bastante rato discutiendo el mejor enfoque del texto, segura de que no obtendría ningún reconocimiento por mi labor, aunque en realidad, no me importaba demasiado pues había conocido en primera persona a gentes únicas. Había admirado su valentía como nadie y me había emocionado con sus medidas rudimentarias de precaución, como si fueran niños a los que vetaban de sus juguetes y les obligaban a mirar el mundo desde el otro lado del cristal.

Me notaba inquieta, con ese nerviosismo típico de las hormonas revueltas a fin de mes que igual elevaba mi ánimo hasta la hiperactividad que me sumía en una especie de depresión apática. Casi perdí la cuenta de la hora y sin apenas arreglarme, bajé las escaleras hacia el comedor antes de que terminara el horario de las cenas. La sala era pequeña y el decorado se asemejaba más a los restos de un museo antiguo que a los de un comedor tradicional. Había columnas salomónicas con fuste de forma helicoidal, frescos barrocos en la bóveda del techo y rosetas florales grabadas en el forrado de madera de las paredes. El mobiliario guardaba una armonía perfecta, como si hubiera sido influjo de un prestigioso decorador.

El camarero me indicó una mesa donde tomar asiento.

-You can take a seat, ma'am.

-There? I asked.

-Yes, ma'am. It is free.

Enseguida se me ocurrió que esas gentes poseían el don del aprovechamiento. Tanto les daba que no conociera al resto de comensales. Un sitio libre tenía su valor así que no me quedó más remedio que ocupar el asiento.

-¿Usted es la periodista del turismo radiactivo? –preguntó el señor de mi derecha.

-Lo pinta usted como si fuera un acto suicida –sonreí. Pero sí, he venido de visita a la “ciudad fantasma”, ya ve, no se me ocurrió otro lugar como destino de mis vacaciones. ¿Y usted?

-Soy ingeniero geólogo, ya ve que trabajo tan poco atractivo. Supongo que le habrán hablado de los túneles subterráneos que se inundaron de agua para intentar disminuir la temperatura del núcleo fundido y del sarcófago que se construyó a su alrededor. Bueno, intentamos cubrir un mantenimiento mínimo, aunque imagino que ya le habrán aburrido con estas explicaciones por la mañana. Por cierto, me llamo Iñaki.

-Elisabet –le tendí la mano. No me aburren sus explicaciones. La verdad es que me cuesta entender todo esto porque soy mujer de letras y me pierdo enseguida con conceptos abstractos como la fusión, las radiaciones y demás tecnicismos.

-¿Viaja mucho? Me refiero a que si la envían de un lugar a otro para recabar información para sus artículos. Ahora que está todo en la red podría escribir igual desde el sillón de la redacción.

-Bueno, quizá sí, pero los testimonios de primera mano tienen un valor único.

-Ya veo, mujer aventurera. Hace tiempo conocí a un médico que estaba en campo de refugiados cerca de la frontera con Rumania que hablaba como usted. Un culo inquieto dónde los haya. Creo que se llamaba Alfonso, o Adolfo, no sé.

-¿Adolfo? ¿Conoce usted a Adolfo, de médicos sin fronteras? ¿Sabe dónde está ahora? –demasiado tarde me arrepentí de la excitación con la que había demandado una concatenación de respuestas.

-Igual no hablamos del mismo. ¿Un tipo atlético, con el pelo muy rizado y un tatuaje de una mariposa en la muñeca? Me dijo que esa especie se llamaba arlequín.

Traté de controlarme antes de volver a hablar.

-Sí. Se tatuó las alas en amarillo, rojo y negro muy vivos y parecía que en cualquier momento iba a echar a volar, como todo él.

-Si quiere, le daré recuerdos suyos si vuelvo a verlo, aunque no le aseguro nada porque nunca para en el mismo sitio. No es hombre muy hablador que digamos así que podría apostarme con usted las copas a que solo refunfuña, como si le importara un comino que alguien se acuerde de él.

Aquella declaración me pareció extremadamente ajustada a lo que llevaba pensando sobre mi relación con Adolfo. No había sido la falta de actividad en Madrid, ni la soledad de los metros cuadrados de apartamento sino la insalvable distancia temporal y física la que rompía los pares (recordé que Marie Curie había definido esta rotura de los nucleones en la fisión y no se me ocurrió mejor forma de definir el declive) la probabilidad de obtener como resultado fragmentos impares: Adolfo y yo, cada uno por separado.

La velada llegó a su fin y me retiré a mi habitación para continuar trabajando. La cabeza me daba menos vueltas que al principio, como si hubiera pasado la fase de negación y me encontrara en el siguiente peldaño, en el de aceptar que con Adolfo no había futuro. Redacté el artículo con la suficiente fluidez como para no tener que hacer retoques, ajustando el número de caracteres y con el espacio para una fotografía ilustrativa del deterioro. No esperé respuesta del jefe pues aunque solo había una hora de diferencia horaria, seguro que ya no quedaba nadie en la redacción. Guardé todas las cosas en la maleta, me dejé preparada la ropa que vestiría por la mañana y puse el despertador del móvil con un politono muy agudo para no dormirme. Regresaba de nuevo a Madrid con las ideas mucho más claras que antes de partir.

-Excelente trabajo –me felicitó el jefe. No esperaba menos de usted, señorita. Las páginas de opinión alaban que haya conseguido tanto realismo al redactar la crónica.

-Muchas gracias –dije antes de salir.

Mi móvil no paraba de sonar y en el despacho, el jefe retenía una llamada en espera. Ese era el periodismo que quería, el de las prisas de Madrid, el de algún viaje esporádico al extranjero. Mi cuerpo no aguantaría el ritmo de corresponsal. Se lo dije así a Carmina, que no me encontraba bien y que había vomitado el desayuno. No hacía falta que disimulara diciendo que tenía buen aspecto, pues notaba que algo no iba bien.

-¿Y si me ha afectado la radiación? Los medidores Geiser marcaban cifras muy altas.

-Si vas a quedarte más tranquila te acompaño al médico. Pero ya verás como no es nada.

Antes de coger la chaqueta y el bolso, mis ojos se posaron en el jefe. También decíamos que su Alzheimer no era nada y, sin embargo, estaba peor que cuándo me había ido.

Tras analizar mi sangre, palpar mi abdomen y someterme a ecografías, el médico no sabía como darme la noticia.

-Lo siento, señorita Elisabet. ¿Cenó usted con alguien desconocido?

-Con un geólogo que estaba en el hotel Oselya. Dijo que se llamaba Iñaki. Incluso me habló de que había conocido a Adolfo cerca de Rumania.

-Me temo que no se llamara Iñaki. ¿Le contó usted en qué asunto trabajaba?

-No. Sabía que era periodista, que había estado en Prípiat y alrededores hablando con ancianos que vivían en sus casas todavía, pero ni siquiera le dije para que firma trabajo.

-Pues me temo que no gustó su visita. Todo apunta a que la han envenenado con polonio. Quizá la confundieran con otra pero sabía lo que hacía.

Carmina chillaba en el pasillo. Escuché su llanto antes de que cerraran la puerta de la habitación y trataran de aislarme lo mejor posible.

Ya no volvería al París que me había advertido del peligro pues aunque no lo había confesado, al leer la biografía de Marie Curie, había sentido que a través de las páginas intentaba comunicarme algo. Ella había descubierto el metal que me mataba a mí, cerrando el círculo en una fisión nuclear completa.